

mientras más fiel fuera la imitación de los clásicos españoles, más meritoria sería la obra americana. Lo indio quedaba excluido por impuro; igual que toda clase de influencia extranjera. Con esto se explica la porfía de Navarro Ledesma en atacar a Darío. Este caía bajo doble condenación, la de ser indio y la de ser francés, es decir, afrancesado.

Hernán Cortés, derribando ídolos aztecas, apenas obró con más rigor que el crítico catalán Antonio Rubió y Lluch, que también se proponía extirpar la herejía india, ya no religiosa sino literaria. En 1903, Rubió y Lluch publicó la declaración siguiente, parte de un artículo titulado «Necesidad de fraternidad literaria»:

...Se han equivocado lastimosamente los americanos que han buscado las raíces de su diferenciación política y literaria en el elemento indígena y en la historia precolombina. A semejanza de nuestro falso romanticismo feudal y trovadoresco, se produjo en América, a mediados del pasado siglo, una especie de romanticismo todavía de peor gusto, que puso de moda, sobre todo en la poesía, las alusiones al Sol o a Pachacámac, la glorificación de Guatimozín y Atahualpa, las costumbres de los indios, y los pobres retazos de las literaturas quechua, nahual o guaraní, entonando himnos quejumbrosos al pasado, en el tono monótono del yaraví y con la *guazabara del cáribe*... (11).

Para Rubió y Lluch se trataba de una degeneración más difícil de comprender que la fascinación que sentían algunos hispanoamericanos ante la civilización de los Estados Unidos. Después de todo, la civilización norteamericana, por más que difiriera de la española, era muy avanzada y no representaba un retroceso al estado primitivo y bárbaro de la América prehispánica por la que suspiraban algunos hispanoamericanos ilusos. El desprecio, que algunos críticos españoles no se preocupaban por ocultar cuando hablaban de los escritores de América, podía atribuirse, sin duda, a su convicción de que los hispanoamericanos, poco a poco a través de su historia se habían ido deseuropeizando y descivilizando, aproximándose cada vez más al indio. La independencia de las antiguas colonias había acelerado el funesto proceso de degeneración.

En todo esto, el pobre indio era la víctima de una evidente injusticia. En primer lugar, no fue por iniciativa suya que las colonias se hicieran independientes de España. El verdadero insurrecto fue el criollo. El indio en algunos casos peleó al lado del español contra el criollo. A través del siglo XIX no fueron indios los que más tenazmente se opusieron a la hegemonía cultural de España, sino criollos, como Sarmiento y González Prada, que no tenían, probablemente, una gota de sangre india. En cambio, el indio Altamirano era, entre los

(11) *Ibid.*, 31 de mayo de 1903, p. 9.

escritores mejicanos del siglo XIX, uno de los más castizos e hispánicos, a pesar de que en su niñez ni siquiera sabía hablar español. En tiempos coloniales, el peruano Juan de Espinosa y Medrano, de origen incaico, se destacó como crítico literario, latinista y apologista de Góngora. El hispanismo del Perú, con su elevado porcentaje de población india, era más acentuado que el de la Argentina con su población predominantemente blanca. De los sudamericanos, los rioplatenses fueron los primeros en levantarse contra España, los peruanos los últimos y los más desganados.

Si los nuevos escritores hispanoamericanos habían salido malos hijos de España, como sostenían muchos españoles, se debía a factores con los cuales el indio tenía muy poco que ver. Las gotas de sangre de «indio chorotega o nagrandano» que corrían en las venas de Rubén Darío, no le alejaron de España ni hubieran podido influir, en lo más mínimo, en su formación estética. Esta sí debía mucho a los cinco años (1893-1898) que Darío residió en Buenos Aires, ciudad cosmopolita, de población europea, donde todo el mundo se enorgullecía de no ser indio. Fruto de estos años fue su obra *Prosas profanas*, la más atrevida manifestación del modernismo americano, la que más definitivamente rompió con la poética tradicional, la que más excitó la indignación de los «viejos» y la admiración de los «nuevos». *Prosas profanas* es también el libro en cuyo espíritu y expresión menos se advierte el hispanismo de Darío.

En la última década del siglo XIX, Buenos Aires era ya la ciudad más grande del mundo hispánico. El comercio y la inmigración la habían transformado, borrando toda huella de su modesto pasado colonial, convirtiéndola en metrópoli vigorosa, próspera y adelantada. Millares de inmigrantes, originarios de Italia en su mayoría, llegaban cada año. En las calles y las plazas se oía hablar tanto el italiano como el español. Los recién llegados eran los argentinos del porvenir; no había habido tiempo todavía para que se asimilaran las costumbres criollas ni la cultura hispánica. Dado su número y su empuje, no era de extrañar que quisieran imponer su lengua y sus costumbres en el nuevo medio, lo cual, en efecto, sucedió. Los inmigrantes de otros países europeos —alemanes, ingleses, franceses, suizos, escandinavos, polacos, rusos, sin contar españoles y portugueses—, aunque menos numerosos que los italianos, contribuyeron también a la rápida diferenciación de la Argentina. El ambiente de Buenos Aires hacia fines del siglo, cuando no indiferente, era hostil a la conservación de costumbres, tradiciones y cultura españolas (12). En 1899, un español,

---

(12) El fenómeno no debe atribuirse enteramente a la gran afluencia de extranjeros a la Argentina en las últimas décadas del siglo XIX. Durante la mayor parte de la época colonial no había comercio directo entre España y la colonia

Juan Pérez de Guzmán, expresó su desagrado y su preocupación por la agitación entre los italo-argentinos que abogaban por la adopción del italiano para reemplazar el español como lengua nacional de la Argentina. El propósito le parecía disparatado y funesto, y para demostrarlo señalaba algunas de las aportaciones culturales de los americanos de habla española. Entre los escritores contemporáneos de América elogiaba, como dignos representantes de la cultura hispánica, a Guillermo Valencia, Calixto Oyuela y José Santos Chocano. La lengua española era la fuente de cultura de toda Hispanoamérica. Suprimirla equivalía a suprimir la cultura de los países americanos. Cuál será la consecuencia, pregunta, si se exige a Guillermo Valencia, por ejemplo, «que someta las varoniles estrofas de su numen al afeminado habla del Po o al árido ritmo del Támesis o del Potómac» (13).

La revista madrileña *Nuestro Tiempo* publicó en su número correspondiente a septiembre de 1901 un extenso artículo sobre las relaciones hispanoargentinas, documento importante porque acomete resueltamente y sin ambages el problema de la confrontación de hispanismo y americanismo en el Nuevo Mundo. Escrito por Francisco Grandmontagne, novelista y economista argentino, de origen español, era un implacable sondeo de las diferencias, la desconfianza y los antagonismos que separaban América de España. Titulado «La confraternidad hispano-argentina» se empeñaba precisamente en negar la existencia de tal confraternidad:

En Buenos Aires..., abierto a todas las corrientes universales, la influencia española sobre el alma nacional es nula. En el espíritu del criollo bonarense... hay siempre un movimiento de rechazo por todo lo español. Es más, sólo reconoce las influencias atávicas cuando descubre en sí mismo algún nuevo defecto, profundo y garrafal... Sólo por la línea de sus vicios y errores se ve descendiente del espíritu hispano, no creyendo de la misma procedencia las buenas cualidades que pueda tener. El fraude en el sufragio, la mentira política, la concusión, el parasitismo burocrático, el nepotismo..., la pereza, la blandura de raspa, el desprecio del trabajo..., el honor fundado exclusivamente en la guapeza..., religiosidad del escapulario, fetichista y gitana, la molicie de la mujer educada a la turca..., el culto furioso de la apariencia, el perecer por parecer, el despilfarro en lo superfluo y la tacañería en lo útil... El americano, lo repito, no recuerda a España más que al descubrir en sí mismo nuevas máculas y deslustres. Todo vicio, toda aberración, la estrechez espiritual, toda teoría rancia, todo pensamiento retrógrado, todo fracaso político y financiero, las energías perdidas en luchas menudas y estériles..., ¡de España, de España viene todo eso!

---

rioplatense. Esta se veía obligada a recurrir al contrabando para mantenerse, sus trayéndose así a la autoridad y la influencia españolas.

(13) «Progreso intelectual de la América española», *La España Moderna*, diciembre de 1899, p. 89.

Es inútil, por lo tanto, que soñéis con ejercer sobre Sur-América cierta hegemonía espiritual confiados en que para ello será suficiente el vehículo de la lengua. La influencia por la comunidad de idioma es muy relativa, como luego demostraré. Necesita España nuevo espíritu; energías más eficaces; una educación más amplia y menos teológica; mayores bríos creadores en su política, en su literatura, en su industria y comercio, en su ciencia; una renovación total en su alma, si quiere entrar con éxito en el concurso europeo, que se disputa la influencia espiritual y económica de los pueblos americanos.

Lo que decía Grandmontagne de España era, en sustancia, lo que decían los voceros de la generación del noventa y ocho; que España necesitaba nueva fuerza y vigor, que era preciso valerse de todos los recursos posibles para conseguirlo «hasta el guisar los garbanzos con aceite de hígado de bacalao». En cuanto a la desvinculación entre España y las repúblicas sudamericanas, era un fenómeno histórico y social que sólo podía ser negado por los que no conocieran el espíritu de los pueblos americanos. Comenzó esta desvinculación antes de las guerras de independencia, durante el reinado de Carlos III. En todo el siglo XIX España no hizo nada por reconquistar el imperio de su espíritu en América. Su abandono había sido absoluto. La juventud de España, decía Grandmontagne, no sabía nada, absolutamente nada de la América fundada por sus remotos abuelos. Todo lo que se decía y escribía en España sobre los países americanos era pura especulación, que no nacía de un conocimiento de la realidad americana, sino de una completa ignorancia de ella. Este desconocimiento de América, que el autor no podía perdonar, provenía de una psicología nacional que no buscaba remedios prácticos, que no recurría a la acción, sino que esperaba todo de la providencia: «La juventud española debía conocer la geografía, estructura moral y costumbres de estos pueblos como el Padrenuestro, si el Padrenuestro no fuese una oración tan absorbente. En España no se riega porque todo se espera de las rogativas, creyendo que las oraciones pueden abrir cataratas en cielo sereno».

En Buenos Aires, pocos se interesaban por los libros españoles. No podían competir con los franceses y los italianos. Al argentino le sabía «a rancio» el libro español. La literatura española no podía ejercer una influencia importante en América a menos que sufriera una «completa evolución en forma y sustancia». Tenía que abrirse a las corrientes universales y «modificar su técnica, abillantando el estilo, haciéndolo más rápido, más centelleante, siguiendo todas las modas, si es preciso, o inventando alguna».

Tal era Buenos Aires cuando Rubén Darío la conoció. En este ambiente vivía cuando escribió los poemas de *Prosas profanas*. Salió de Buenos Aires para España a fines de 1898, en calidad de corresponsal